

## LA BODEGA DE LOS BESOS DE LIBERTAD

*El vino  
mueve la primavera,  
crece como una planta la alegría,  
caen muros,  
peñascos,  
se cierran los abismos,  
nace el canto. **Neruda***

Suelo imaginar mi devenir diario en botas de roble americano como las que utiliza mi padre para criar sus finos y sus manzanillas. En cada uno de los barriles hay un beso marcado con el nombre de una persona, como si en cada bota se estuviese criando un tipo de beso particular que yo disfrutaré en algún momento. Yo lo denomino el beso jerezano, de sabor aterciopelado, dulce, aroma envolvente y corazón salvaje. Soy pedagoga, especializada en niños que proceden de familias desestructuradas o de entornos hostiles. Cuando hablo con ellos e intento inculcarles un mundo mejor el paisaje y la luz de mi tierra gaditana siempre ocupan un lugar estelar. Empleo metáforas, cuentos y mucho teatro e improvisación para que se den cuenta de que son especiales. Gracias a nuestros juegos viajan sobre una cama voladora a parajes de ensueño donde ellos son los únicos protagonistas del mundo que moldean a su antojo. Mi experiencia personal me sirve para entenderles y para empatizar, para ponerme en su lugar y asumir su diferencia como propia. En el colegio lo pasé muy mal cuando era adolescente, me hicieron lo que ahora se denomina *bullying*. Ser la muchacha más lista de la clase, la mejor preparada y encima lesbiana no tenía muy buena prensa, no solo por parte de mis compañeros sino incluso de los mismos profesores. Parte de los recreos los pasaba encerrada en el sótano que estaba al lado de la capilla. Crecí con el convencimiento de que nadie me querría jamás porque era rara, de modo que encerré mi corazón en una caja que nunca sacaba a la calle porque temía que la rompieran en mil pedazos. Por eso opté por ayudar a los demás y luchar por la igualdad real entre hombres y mujeres, desechando conceptos obsoletos como el género y la moral judeocristiana e institucionalizando la libertad de pensamiento como mi leitmotiv.

No considero que el feminismo implique que las mujeres merezcamos un trato especial, simplemente conlleva que merecemos un trato igual. No quiero subir a las alturas al sexo femenino, sino que la sociedad se de cuenta de que es igual de fuerte que el masculino. No necesitamos el feminismo para castigar a los hombres, solamente para ver que cada individuo tiene fortalezas y debilidades que nada tienen que ver con el género. Esto es lo que explico a mis niños. Y suelo hacerlo hablando de los besos que mi familia me ha proporcionado a lo largo de mi vida, besos que me han servido para valorarme como mujer y mandar al carajo a quienes me han defenestrado por respirar y fluir. He tenido suerte con mi familia porque siempre ha estado alejada de los estereotipos machistas que nos circundan. No sé por qué pero, como he dicho, me relaja pensar en los besos que mis padres y mi hermano me han dado. Cada ósculo era como una inyección de adrenalina que me permitía seguir adelante. Un chute de optimismo, justicia y dignidad que yo transmito a mis chavales para que se olviden de la realidad que les ha tocado vivir. Cada beso tiene la imagen de Frida Kahlo, la fortaleza de Evelyn Cunningham, la garra de Lois Wyse y el tesón de Malala Yousafzai.

*Por un beso sabrás todo lo que he callado*

Así explicó lo que era para él un beso el escritor Pablo Neruda. ¿Cómo podría describir lo que significa para mí? A lo largo de mi vida he disfrutado de tantos tipos de besos como de vidas he vivido. Cuando era niña, me encantaba que mi padre entrase en mi habitación y me diese un beso en la frente y una palmadita en la espalda. El día que no lo hacía me sentía mal. Mi padre es el dueño de una bodega de vinos en Sanlúcar de Barrameda. Sus besos saben a fino. También a batalla, a guerra, a plantar cara a las adversidades. Tienen un color amarillo pajizo, son secos al paladar pero, al mismo tiempo, gozan de un regusto intenso, suave y ligero, con un aroma delicado de aire almendrado. Así es papá y así era cuando me quería en silencio en mi niñez en nuestro cortijo de Sanlúcar.

Con el paso del tiempo la piel se me recubrió de una coraza que admitía besos, pero solo algunos. Me quedé con los de verdad, deseché los banales y vacíos. Mi experiencia en el colegio y en el instituto me marcó e hizo que empezase a

elegir con sumo cuidado a quién ofrecía mi corazón. Podría decirse que en mi interior tuvo lugar un proceso biológico esencial y característico de los vinos de nuestra tierra. Al igual que sucede con el velo de flor, el barril de mi existencia no estaba lleno del todo y guardaba un espacio para que empezara a crecer el velo. Como saben bien los enólogos que trabajan con mi padre, el velo muere y cae al fondo. Yo aún estoy esperando que lo haga.

*Al beber, gota a gota, los pétalos flotantes  
me rozarán los labios, como labios de amante;  
y, en su llama o su nieve de idéntico destino,  
serán como fantasmas de besos en el vino. **Buesa***

En la Universidad no era de las típicas adolescentes que recorría el campus agarrando la mano a la pretendiente de turno y dándole un pico al lado de la máquina de tabaco. Yo las besaba y me acostaba con ellas a los cinco minutos porque era el único modo que tenía de seguir descubriéndolas y degustar hasta el fondo lo que esos ósculos furtivos contenían realmente. Esto no gustaba a los fachas, reprimidos y caciques de tres al cuarto, quienes me veían como un elemento subversivo. *Lesbiana y puta*, escuché que me llamaban en más de una ocasión a mis espaldas. Tampoco agradaba a aquellas personas de misa diaria que después fantaseaban con las bragas tendidas de su vecina de 14 años. Ni parecía bien al matrimonio que compraba en el *delicatessen* de El Corte Inglés y disfrutaba de una paella dominical en el chalet de su hijo, abogado de renombre casado con la rica del pueblo pero que se veía a escondidas con un muchacho que había conocido en un portal de citas en Internet o en un cuarto oscuro clandestino.

Tenía que volar, por mí y por mi familia. Así pues, cuando dejé de necesitar las palmaditas en la espalda de mi padre me fui a vivir a Suecia. Soy de Sanlúcar de Barrameda, tierra de finos, manzanillas y amontillados. En Escandinavia, me salía la vena gaditana de tocar a la gente, besarla y zarandearla. Cambiar la desembocadura de mi Guadalquivir por el mar helado de Estocolmo y los 20 grados bajo cero fue muy duro. Para no volverme loca, no me quedaba más remedio que imaginar a mis amantes en una barrica oculta en los pasadizos de las bodegas de mi padre. Yo acudía por la noche y las devoraba porque su piel estaba macerada gracias al alcohol. Lamerles desde la nuca hasta los pies me

hacia enloquecer y aumentaba mi estado de embriaguez. Me veía obligada a esposarlas a los barrotes de la cama, inquieta, con el cuerpo a punto de estallar pensando en que me esperaba una noche de deseo y lujuria. Una vez más, todas estas fantasías propiciaron que algunos pensarán que era una buscona y otros me tildasen de putilla. Me daba exactamente igual. A pesar de mi imaginación y de mi personalidad ubérrima, dejé de besar a la gente y me convertí en una amargada, como ellos, hasta que me di cuenta de que necesitaba traquetear a la gente que me encontraba en mi vida, manosearla y sentirla. Tras Suecia visité otros países del norte de Europa, siempre asesorando a compañías de pedagogía infantil y como parte de una ONG que incentivaba el papel real de la mujer. De ahí pasé a África y durante muchos años recorrí varios países del Sudeste asiático. Acumulé historias, anécdotas, información que me reconcomía por dentro referente a las mujeres. En muchos sitios, en España sin ir más lejos, sigue ninguneándonos. Suponemos el 68% de la población asalariada con ingresos inferiores al salario mínimo interprofesional. Una mujer trabaja 84 días más al año para ganar lo mismo que un hombre. Una de cada cuatro mujeres reduce su jornada laboral para cuidar de sus hijos, frente a un 3,5% en el caso de los hombres...

Los niños a quienes educaba me daban la vida porque veía en ellos el futuro, porque conseguían que las desilusiones de mi día a día disminuyesen. Siempre he pensando que las desilusiones son como pequeñas muertes diarias que se plasman en la mirada. Mi padre, el bodeguero, dice que hay miradas que no saben mentir, como la de la tristeza. Se reconoce enseguida porque esconde un universo helado que desconcierta, los ojos lloran sin lágrimas y, aunque los labios sonrían, esbozan una mueca ajena a esa mirada. No quería que a mis chavales les invadiese la mirada de la tristeza; con que yo la tuviese por las injusticias que veía era más que suficiente. Ellos volarían libres, sin obstáculos, llegarían a apreciar esos besos de libertad que se merecían y que yo les daría aún con riesgo de quedarme seca por dentro.

*Un vaso de vino entre las flores:  
bebo solo, sin amigo que me acompañe  
Levanto el vaso e invito la luna:  
con ella y con mi sombra seremos tres. **Li Bai***

**A**l viajar tanto y vivir en multitud de sitios diferentes a menudo se descuida el propio viaje personal, el que te pone en contacto contigo mismo y con los tuyos, quienes te quieren por lo que eres sin prejuicios ni medias tintas. Después de tantos años recorriendo medio mundo, me daba la sensación de que no me había enterado de nada de lo que había hecho. La enseñanza se había apoderado de mí y era una actriz de mi propia vida. Ayudaba a los demás y luchaba por la igualdad real de la mujer, pero llevaba años sin ayudarme a mí misma, sin ayudar a la mujer real que pugnaba por salir a la superficie y enfrentarse al mundo. Cuando te has perdido dentro de ti no queda más remedio que buscarte fuera. Por eso volví...

**A**quí no tengo un duro y mendigo para llegar a fin de mes, pero beso a la gente y disfruto de mi tierra y el buen vino. Una vez a la semana doy clases a niños con problemas en un centro de acogida. Últimamente les hablo mucho de una novela brasileña que acabo de leer que se llama *La ciudad sin nombres*. Trata de un pueblo del Amazonas en el que no se pone un nombre a los niños y niñas hasta que alcanzan los diez años de edad. Hay niños que responden al nombre de María, por ejemplo, y niñas que se llaman Manuel. En función de sus gustos y de cómo se ha desarrollado su vida en esos primeros diez años se llamarán de un modo u otro.

Vivo en el Barrio Alto de Sanlúcar y soy medianamente feliz. Sigo buscando a la mujer de mis sueños. Sabré quién es por su primer beso; será como una buena manzanilla, de color pajizo, aroma punzante, seco y ligero al paladar, poco ácido. Mi padre dice que son mis besos los que más le gustan y los que le colman de felicidad. Se llama Eduardo y de joven era un hombre muy guapo, alto, estiloso, vestido siempre con traje con corbata a juego. A mí me gustaría sentir lo que experimentaron mis padres cuando se conocieron. También me gustaría recibir los besos de mi nieta sentada en un sofá con la lumbre encendida y una manta de colores vivos sobre mi regazo. Dicen que el beso es el único de todos los actos que realiza el ser humano en que se utilizan los cinco sentidos al mismo tiempo, algo parecido a catar un buen vino. Me gusta ese pensamiento. Otro gallo nos cantaría si nos abrazáramos más...

**M**e llamo Palmira. A menudo pienso que el nombre que me puso mi madre era perfecto para explicar mi actitud bohemia e inquieta, la misma que exhibió la reina Zenobia, gobernante de Palmira, durante los cinco años que veló por el

futuro de esa ciudad mitológica. Zenobia fue la última gobernante de un reino que tuvo una existencia tan gloriosa como efímera. En los últimos tiempos, plantó cara a los grandes imperios que la rodeaban, Roma y Persia, y consiguió extender sus dominios desde Asia Menor hasta Egipto. Cayó derrotada por Roma...

Yo iluminaré los ojos de tu mujer arrebatada;  
A tu hijo le devolveré su fuerza y el ánimo  
Y seré para ese frágil atleta de la vida  
El ungüento que fortalece los músculos de los luchadores. **Baudelaire**

Ni yo ni los chavales a quienes doy clase seremos vencidos porque contamos con una red de besos de libertad que nos protege de la coluvie que nos rodea. Unos besos que gestó mi padre y que la vida maceró a base de palos. ¿Qué hora es? Las once y media. Ha sido un día muy largo y mañana he quedado con mi padre porque quiere que pruebe un nuevo vino. Me apetece meterme en la cama y soñar con esas botas de roble americano que utiliza en su bodega, recrear los besos que se esconden en el interior de esas barricas. Antes, de todos modos, tendría que inspirarme para preparar mis clases porque voy un poco atrasada. Creo que voy a ver *¿Qué fue de Baby Jane?* Siempre me ha fascinado la guerra dialéctica que mantienen Bette Davis y Joan Crawford. Al verla suelo recordar una de las frases más célebres de la Davis: *Cuando un hombre da su opinión, es un hombre. Cuando una mujer opina, es una perra.* Si todas las perras del mundo nos uniésemos, ¿devoraríamos la sinrazón que nos atenaza? ¿Saldríamos de las jaulas de oro donde nos han encerrado y construiríamos un mundo más justo? Pensaré en estas ideas cuando me acueste. Estoy convencida de que la combinación de los taninos de mi padre con la fortaleza de la Davis y los besos que guardo en mi corazón dará como resultado un buen vino. Será un caldo expedito, sin ataduras, que romperá contra el paladar creando poemas de libertad.

**FIN**